

pobre joven, que llegado muy puro á París no se encontraba sin saberlo mezclado con espías gentiles hombres, intrigantes de Coblenz!

La Gironda cayó así casi enteramente. No hace falta pedir á los girondinos que se hagan realistas: basta hacerse girondino. Este partido se convirtió poco á poco en el asilo del realismo, la máscara protectora bajo la cual podía mantenerse en París la contrarrevolución frente á la Revolución misma. Los hombres de dinero, de banca, se habían dividido unos en girondinos y otros en Jacobinos. Durante la transición de sus primeras opiniones, muy conocidas, hasta las opiniones republicanas, les parecía más cómodo inclinarse del lado de la Gironda. Los salones de artistas, sobre todo de mujeres á la moda, eran un terreno neutral donde las banqueros encontraban por azar á los hombres políticos, hablaban con ellos y sin más presentación acababan por entenderse.

Más directamente todavía entraba el mundo de la banca en la Gironda, por el girondino Clavieres, banquero ginebrino, nombrado ministro de Hacienda. Clavieres fué republicano, hombre honrado. Dióse prisa después, como Brissot, por mezclarse mucho en las cosas. Del ministerio de Hacienda se lanzó sobre los de la Guerra, del Interior, sobre todos. Era una cabeza ardiente, de iniciativas, un poco romancesca. Arrojado de Ginebra en el 82 por su republicanismo exaltado, quiso fundar entonces una colonia, una sociedad nueva desesperando de la vieja. Esta colonia se estableció en Irlanda y América. Para realizar este intento envió á sus expensas á los Estados Unidos á Brissot para que estudiara el terreno. Pero la Revolución, que estalló muy pronto, le descubrió en Francia un terreno á propósito para sus especulaciones políticas y financieras. Clavieres fué el Law de la Revolución; inventó los asignados, dando el invento á la Constituyente, á Mirabeau que apreciaron su valor.

Desde entonces tuvo por enemigos á todos los que, antes de los asignados, emitían papel, la gente de la Caja de Descuento, cuerpos poderosos en los que figuraban muchos hacendistas generales. Tuvo al mismo tiempo contra él banqueros políticos, seres equivocados, anfibios, quienes, como cónsules agentes de gobiernos extranjeros con diferentes títulos se agitaban solapadamente en intrigas y negocios. Nombremos en primer término al ministro de los Estados Unidos, Morris, testigo odioso de la Revolución, cuyas crisis de Bolsa explotó en beneficio propio. Se han publicado sus cartas. Puede leerse su pena por los sucesos del campo de Marte. Defiende (17 de Mayo del 91) la legitimidad de la Deuda de los Estados Unidos, las condiciones onerosas que impuso Francia para que se realizara el empréstito. En Septiembre del 92, en el momento en que la Francia próxima á perecer lanza á los americanos su gemido de agonía pidiéndoles una parte de este dinero que los salvó, Morris se niega á pagarlo, oponiéndose fríamente á poner su firma.

Todos estos jugadores á la baja, tenían prisa de ver como se hundía la Revolución y, como si se tratara de un buque, de vez en cuando echa-

ban la cala. El ministro de Hacienda, batido por la prensa conjurada, Marat y otros, fué trabajando en beneficio de estos dañinos insectos. Clavieres daba pasto á los ataques de la prensa; al revés de Brissot y Roland, Clavieres vivía en el fausto, encontrando en él sus delicias. Madama Clavieres, envidiosa del genio de madama Roland, figuraba la primera, al menos en lujo. Al verla en el trono de los salones dorados donde figuró madama Necker nada menos, diríase que nada había cambiado, que estábamos todavía en el 89, en la capital de los estados generales.

La rápida descomposición de la Gironda aparecía ante todas las miradas. Pudo ser un partido mientras el anhelo de guerra (contra el rey, contra Europa) al comenzar el 92, le dió unidad de acción sino de idea. Después del 10 de Agosto presenta fracciones, grupos, mejor dicho, tertulias que se sostuvieron juntas por el odio á Septiembre y al furor que desplegó la Montaña. Estos grupos mismos ofrecen diversidades interiores que hemos de señalar; se resolvían en individuos: el partido se convirtió en polvo.

La notable individualidad de tal ó cual de los girondinos no contribuyó poco á esta disolución. Vergniaud hablaba desde alturas inaccesibles á sus amigos y estaba solo. El sombrío Isnard, envuelto en su fanatismo, quedó salvaje, insociable. Madama Roland, que con tantos títulos podría atraer, reunir los hombres por el culto común que se le profesaba, estuvo altanera y dura; su pereza no perdonaba nada; todos se le aproximaban pero con temor; rodeada, admirada, estaba sola ó casi sola.

Lo mismo puede decirse del extraño Fauchet, el misterioso, el filósofo, el tribuno, el cura de cabeza quimérica, frecuentemente vulgar por sus cosas desmedidas; sentíase transfigurado en la luz, hablaba como Isaías... ¿Era un loco? ¿Un profeta? ¿Quién hubiera seguido á uno ú otro? ¿Los curiosos ó los niños?

La Gironda, nombrada no sé por qué así, comprendía todos los elementos, toda la opinión. No tenía más que tres hombres en Burdeos; el resto no eran todos meridionales; al lado de los provenzales y languedocenses había parisienses, normandos, lioneses y ginebrinos.

Las profesiones no eran menos diversas. Siempre dominaban los abogados. El espíritu legista era una enfermedad de la Gironda. ¡Cosa extraña! Entre estos jóvenes emancipados, elevados por la filosofía del siglo XVIII, encontrábanse trazos de un tímido formalismo diametralmente opuesto al espíritu revolucionario. Esto surgió precisamente en la discusión que sostuvieron con Danton: «El juez debe ser necesariamente un legista.»

Otro defecto de la Gironda es el espíritu periodista, *belletriste*, por decirlo como los alemanes. Brissot era el tipo, pluma rápida, inagotable, la facilidad misma, escribió más volúmenes que sus enemigos discursos. Madama Roland, más severa, escribía sin embargo mucho. Tantas

palabras por elocuentes y brillantes que fuesen no fatigaban menos al público, excitaban los nervios, los odios. Nada enerva tanto á un partido como el continuo fuego que se pone en las palabras, proporcionando infinidad de escritos materia de disputas, siempre discutibles. Los Roland tuvieron que lamentar en su guerra contra Robespierre el papel que desempeñó Louvet, cabeza aturdida que acusó sin pruebas, que ladró sin morder. Brissot tenía en su poder un hombre ingenioso, brillante dotado de una felicidad que Brissot no encontró frecuentemente. Llamábase Girey-Dupré, redactaba el *Patriota*. Una mañana publicó una canción en la que Robespierre, Danton y toda la Montaña fueron tan cruelmente mordidos que en la mordedura debieron sentir la quemadura. Danton sobre todo quedaba traspasado de parte á parte; se le arrancaba su misterio, su máscara de audacia. El despiadado poeta le atribuía en el drama de la Pasión el papel de Poncio Pilatos, que se lava las manos y no dice que sí ni que no.

Espíritu legista, escriba: las dos enfermedades de la Gironda.

La tercera era la malvada herencia de las facciones del Mediodía. Los provenzales Barbaroux, Rebecqui los moderados de la Convención, con palabras imprudentes comprometieron más de una vez los asuntos de la Gironda, perjudicándola aún más por su estrecha intimidad con los hombres de Avignon. Estos ardientes franceses, fogosos revolucionarios, dieron su país á la Francia por un precio afrentoso como se sabe. Barbaroux, á la cabeza de sus marseleses, había conducido á Avignon en triunfo á los hombres de la Glaciere, los Duprat, Menvielle y Jourdan. Estos, en recompensa, le ayudaron en la unión dándole los votos de Avignon.

Cuando estos reclamaban contra los hombres de Septiembre se le hubiera podido contestar: «¿Y á vos, quién os ha elegido?»

Las viejas rencillas y rencores del Mediodía se mezclaban indiscretamente en las cuestiones generales. Quien obtuvo de la legislativa la amnistía para Avignon fué el protestante Lasource, ilustre pastor de Cevennes, elocuente, honesto, sinceramente fanático, quien no olvidó sin duda, que Avignon había hecho lo mismo que Nimes.

Los protestantes eran una causa de disolución de la Gironda. Al lado del violento Lasource sentábanse los moderados como Rabaut Saint-Etienne y Rabaut-Pommier, dos constitucionales de noble carácter. Rabaut de Saint-Etienne no sostuvo ni en la Asamblea ni en su periódico el ataque de Louvet contra Robespierre. Pero hizo un retrato de *Robespierre cura en medio de sus devotos*, amargo, odioso, despreciador. Robespierre no sintió los ataques de Louvet pero estos le hicieron tremendo daño.

Brissot, ya lo hemos visto, ni apoyó á Louvet ni secundó á los Roland. Los periódicos de la Gironda iban aparte, tiraban á derecha ó izquierda sin consultar. *El Patriota* de Brissot y Girey, *El Centinela* de Roland y Louvet, *Los Anales* de Cazza, *Los Amigos*, de Fauchet, *La*

Crónica, de Condorcet y Rabaut, parecían en ciertos momentos representar cinco partidos distintos.

¿Dónde estaba la autoridad? En ninguna parte. Ni en el genio de Vergniaud, ni en la virtud de Roland, ni en la habilidad de Brissot, ni en la universalidad enciclopédica de Condorcet residía autoridad alguna.

¿Y la iniciativa, y el orden, y el mando en estos momentos decisivos?

En Octubre, por ejemplo, los girondinos eran muy fuertes en París. La mayoría de los vencedores del 10 de Agosto, marseleses, bretones, permanecían aun fieles. Los numerosos federales, llamados de todas partes, no juraban más que por la Gironda. El marsellés Gravier, hombre valiente, que entró el primero en las Tullerías para ganar los suizos y salvarlos, se declaró en Octubre enemigo jurado de Marat. Estos eran los sentimientos del batallón de Lombardos (el que figuró en primera línea en la batalla de Semmapes). Todos estos elementos estuvieron entre las manos de la Gironda en Octubre y no supo aprovecharlos. Los federados fueron ganados por los Jacobinos en cuyo partido ingeesaron. Gravier, por ejemplo, se fué como teniente coronel al ejército de Saboya, el batallón de los Lombardos se incorporó al ejército del Norte. En el invierno la Gironda deploró su descuido, no haber aprovechado todas estas fuerzas; ni supo siquiera sostener lo que de federados quedaba en el espíritu de su organismo.

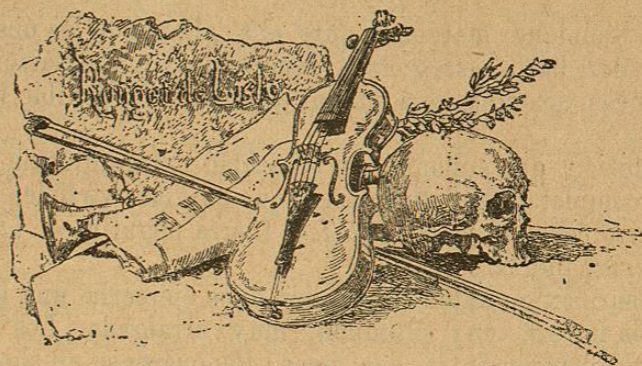
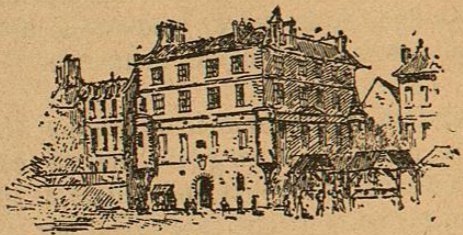
De esta incapacidad absoluta para la acción, de esta impotencia, se descubría una cosa; que los espíritus vanos y quiméricos (Louvet, Fauchet, Brissot mismo) trocábanse en más vanos, más superficiales y seguían inconscientemente este ó el otro resplandor. El gran espíritu de Vergniaud vivía lejos de la tierra, inadvertido de la realidad, balanceándose en sus sueños, sonriendo con melancolía á las amenazas del destino.

Poseía un mundo de él, un mundo de oro que lo hacía insensible al mundo de cobre: la posesión de su genio, de su corazón libre en el amor. Una mujer hermosa y arrebatadora, llena de gracia moral, atractiva por su talento, por sus virtudes interiores, por la ternura de su piedad filial, buscó y amó á este perezoso genio que dormía sobre las alturas. Vergniaud se dejó amar. Envolvió su vida en este amor y continuó sus sueños. Demasiado clarividente para dejar de comprender que marchaban los dos por el borde de un abismo donde iban á precipitarse, aumentó esto su pena. Otra amargura más. Esta hermosa mujer que se entregaba á él no podía ser protegida. Perteneía al público. Su piedad, la necesidad de sostener á su familia la lanzó al teatro, expuesta á los caprichos de un mundo mercando. La que quería gustar á uno solo, estaba obligada á agradar á todos, dividir entre esta muchedumbre ávida de sensaciones, deshonestas, inmoral, el tesoro de su belleza, al cual solo un hombre tenía derecho. ¡Cosa humillante y dolorosa, terrible cuando se

piensa que una mujer puede jugar con un partido, constituyendo para ella una bárbara diversión!

Aquí era vulnerable el gran orador; ni tenía hábito, ni coraza que le garantizara el corazón.

Durante este tiempo amó el daño. Era, precisamente en medio del proceso del rey, bajo las miradas homicidas de los partidos que pedían su muerte. Vergniaud acababa de conquistar el más grande de sus triunfos, el triunfo de la humanidad. La señorita Candeille descendió hasta el teatro para poner en escena *La belle fermiere*. Esta obra asombró al público hasta el extremo que se llegó á olvidar los daños de la patria. Triunfó la experiencia. *La belle fermiere* obtuvo un éxito inmenso; los mismos Jacobinos perdonaron y respetaron esta mujer encantadora, que vertía sobre todos el elixir de amor. La impresión de la Gironda no fué menos favorable. La obra de Vergniaud revelaba demasiado que su partido era el de la humanidad más que el de la patria, que en él se refugiarían todos los vencidos; partido que no tenía la inflexible austeridad de que aquella época parecía estar necesitada.



CAPITULO III

Reconstitución de los Jacobinos antes del proceso del rey (Septiembre-Diciembre 92).

Necesidad de los Jacobinos (fin del 92).—Su doble papel: la censura, la iniciativa revolucionaria.—¿Pudieron desempeñarlas?—Dieron los Jacobinos una especie de unidad á la Revolución.—El exclusivismo y la concentración de su sociedad.—Esta faltó en el 92.—Las elecciones de Septiembre se hicieron en el local de los Jacobinos.—La Sociedad Jacobina adquiere nueva fuerza.—Ataca á la Gironda en Fauchet (19 Septiembre).—Ataca en Brissot (10 de Octubre).—Amenaza las reuniones mixtas de representantes.—Disuelve una reunión mixta de miembros de la Convención (Octubre 92).—Prudencia y silencio de Robespierre.—Este teme haber empujado demasiado á la Convención.—Pide, por el órgano de Couthon, que los Jacobinos corrijan y castiguen á los exagerados (Octubre 92).—Los Jacobinos castigan á los exagerados y se arrepienten (14 Octubre 92).—Robespierre se resigna y continuación de los exagerados.

Hablar de la descomposición, de la impotencia de la Gironda, los signos de desorganización que aparecían en toda la sociedad, es hablar de las necesidades de los Jacobinos.

En vez de una asociación natural que diera á la Revolución la unidad viviente, hacía falta una asociación artificial, una liga, una conjura que le diera al menos una especie de unidad mecánica.

Una máquina política necesita una gran fuerza de acción, una poderosa palanca de energía.

La prensa no podía realizar esta misión: era insuficiente. Su acción es inmensa; pero entre tantas cosas contradictorias que vierte, esta acción es vaga, insólita. Nunca falta el momento para las palabras: siempre falta para la acción. Muchos de los que han leído los periódicos, han satisfecho su pasión, se han recreado, pero nada más.

La Asamblea no era tampoco la fuerza de que hablamos. La gran masa de la Convención, quinientos diputados lo menos, tímidos, indecisos, frecuentemente pensaban de un modo y votaban lo contrario; agitaban los brazos, nadaban, pero no podían avanzar.

La situación requería una fuerza que, sin llevar precisamente á la